

873
Q.

PQ 2378
03
R498

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

EL REY DE PARÍS

I

El figón de Mme Mascart, calle de Tivoli, es uno de los lugares sospechosos de París más frecuentados por la bohemia de la Butte, las mujeres del barrio de la Ópera que se encuentran sin dinero, los bolsistas para quienes fué inclemente la respuesta de las primas, los éxtranjeros que recorren la capital por curiosar, y los jugadores que buscan un escondite seguro en que estar desde la hora de comer á la de ir á tallar en el círculo. Es un hotel con patio y jardín, edificado en las alturas del antiguo parque. Asiento social de una casa de banca en tiempos del Imperio y domicilio de un fotógrafo después de la guerra, se ha emplebeyecido hasta el extremo de convertirse en una especie de garito en que la policia siempre tiene á un agente en acecho. Merced á esta vigilancia secreta Mme Mascart ha podido conservar abierto su establecimiento, aunque en él se infrinja la ley diariamente. Los parroquianos asiduos dis-

frutan una participación en los beneficios de la terrateniente, y deploran tanto como ella el que de vez en cuando desaparezca alguno de los contertulios. El número de tipos que desfila anualmente por la mesa redonda es tan grande, las personalidades tan diversas y la indiferencia hacia el vecino tan natural, que el vaivén de la pensión continúa inalterable, sin que los incidentes pasajeros lleguen á conturbar la quietud y sosiego generales.

Melania Mascart es una mujer de cuarenta años, de tez pálida, alta y de buen talante, locuaz y atrevida. Todos murmuran que ganó coqueteando el dinero que más tarde le sirvió para establecer su comercio. Sus familiaridades con las muchachas que acuden al figón inducen á creer que las favorece prestándoles dinero en los momentos críticos de penuria. Algunos viejos respetables que van á verla en un salón secreto situado en el primer piso, y que están seguros de su perfecta discreción, podrían explicar los procedimientos naturales empleados por Mme. Mascart para reembolsarse las cantidades que anticipa á sus bonitas clientes. Esta matrona vestida con trajes de seda finge proteger á la juventud, y cuando entra en el comedor para asegurarse por sí misma de que el servicio es esmerado y de que nada falta en la mesa, y de si hay entre sus huéspedes habituales muchos que no pagan puntualmente, tiene un modo de golpear las mejillas de las muchachas y

de acariciar la espalda de los estudiantillos ó de los poetas, que se hace simpática en seguida. Entre los contertulios se refieren de ella algunos episodios siniestros. Se le imputa el suicidio de un hijo de familia á quien indujo á hacer gastos considerables y á quien luego redujo á la desesperación mediante un *chantage* largo é implacable. Una hermana suya á quien odiaba mortalmente por cuestiones de herencia, había muerto de miseria á la puerta de su casa sin que ella se moviese á socorrerla. Finalmente, se murmuraba en voz baja que fué ella quien descubrió á la policía la partida llamada de los trajes negros, aventureros del gran mundo, de los cuales era jefe su amante Clavel de Laroque. Por espacio de mucho tiempo Melania estuvo defendida ostensiblemente por un agente de policía encargado de protegerla contra las vengativas asechanzas de aquellos bandidos. Pero después Clavel se escapó de Noumea, y desde entonces la celosa vigilancia cesó. Los maliciosos agregaban que el jefe de los trajes negros fué el denunciador de sus cómplices, y que su fuga se efectuó á ciencia y paciencia de la administración á quien había hecho importantes servicios. Melania, cuyo pasado era un tejido de ignominias y de infamias, tenía, cuando quería, las apariencias de una gran señora, ó se mostraba, según hiciese al caso, trivial y groserota como una mujerzuela del arroyo. Siempre inspiraba á su clientela más bien temor, que respeto.

Miraba á los más audaces y turbulentos de un modo que les daba en qué pensar, y nunca se vió una casa en que, á pesar de no haber hombre que mandase, hubiera un orden tan perfecto. Los criados no se propasaban en lo más mínimo, ninguno osaba protestar con palabras de mal tono y todos estaban escogidos para coadyuvar al bienestar perfecto de los asiduos tertulianos de la pensión.

Una noche del mes de abril de 1895, á eso de las diez, había en el salón azul, como Mme Mascart llamaba á una vasta habitación en que algunos de sus huéspedes solían reunirse después de comer para charlar, leer periódicos ó echar una partida de damas en familia, cinco personas: dos mujeres, de las cuales una era Melania, y tres hombres. La joven que estaba sentada sobre un sofá cerca de la patrona, era una morena alta, de cintura estrecha y talle largo, con el cabello peinado en ondas. Tenía la figura de una Judit ó de una Salomé. Su perfil puro, su tez clara, la luminosa serenidad de sus ojos azules, el fino arco de sus cejas oscuras y la alegre sonrisa de sus labios desdeñosos, la convertían en un tipo acabado de belleza. Estaba fumando un cigarrillo y dejaba jugar á Mme Mascart con las sortijas que adornaban sus dedos. Los hombres, sentados en sillones, y que no fumaban, porque Melania no soportaba que convirtiesen su salón en un fumadero y sólo su hermosa amiga gozaba de aquel privilegio excepcio-

nal, eran artistas. Uno de ellos, Vaudrimer, escribía en una revista avanzada, y en aquel momento hostigaba con agudas paradojas al poeta Laguermie, que le escuchaba frío é impasible. El último de los contertulios de Mme Mascart era un muchachote rubio, de ojos negros, con las gafas del bigote muy empinogorotadas; era un escultor de mérito llamado en la vida común, Juan Hiénard, y que no se desdeñaba de firmar sus obras con este nombre vulgar, pero que en los actos oficiales se creía obligado á apellidarse Duque de Diernstein. Era el hijo menor del ilustre mariscal Leonardo, uno de los más bizarros ayudantes de Napoleón. De vez en cuando y siempre que la conversación decaía, se percibía en la habitación inmediata, cuya puerta estaba entornada, ruido de monedas de oro y palabras breves pronunciadas por una voz monótona, que decía: — Carta — ocho — bacarrat...; después el tintineo del metal, el sordo roce del rastrillo y la voz monótona, gritando: — Haced juego. — El juego está hecho... Cartas... Pero las cinco personas reunidas no prestaban mucha atención á lo que en la pieza contigua sucedía, como si aquello fuese cosa corriente acerca de la cual ningún comentario nuevo pudiera hacerse. Vaudrimer dijo:

— Entonces, usted, señora Mascart, cree que en la vida sólo hay amor y que las mujeres que no sacrifican todo al hombre elegido, no conocen nunca la verdadera felicidad.

— Lo que equivale á decir, — repuso Juan Hiénard — que las mujeres dichosas son aquellas que tienen un hombrecillo á quien mantienen y que las zurra...

— Yo creó — repuso Melania — que esas son las que disfrutan de los placeres amorosos más intensos... Yo he conocido á una mujer que tenía por amante á un muchacho veinte años más joven que ella. Su mayor regocijo consistía en llevarle al campo, á una choza; allí dormían y á la mañana siguiente, le engalanaba, le mimaba, le partía el pelo, le ponía la corbata, y le vestía sonriéndole, acariciándole. Era, al mismo tiempo, su querida y su madre....

— ¡ Oh !... Esas jamonas — dijo el poeta Laguermie con voz suave — ofrecen, no obstante, por las mañanas, cuando la luz del día brilla bien, muchas desilusiones ópticas... Es preferible verlas de noche, con luz artificial.

— Por mi parte — exclamó la arrogante morena — no concibo que haya mujeres tan poco orgullosas que se proponen á pagar el amor de un hombre.

— Eso lo dices, bonita, porque tienes veinte abriles, — repuso Mme Mascart, — y no puedes figurarte cuán poco se conocen las pasiones á tu edad. La mujer que no ha cumplido treinta años no puede responder de los extremos á que sus sentidos consiguen

arrastrarla... Tú, por ejemplo, Julieta; crees haber amado...

— Como que quiero mucho y con harta frecuencia á mi pequeño Hiénard...

— ¿ No amas á nadie más que á él? — preguntó Vaudrimer...

— ¿ Qué diablos la vas á preguntar? — exclamó el escultor. ¿ Tengo acaso la pretensión de guardar para mí solo una tan hermosa criatura? Ella pone en mi estudio y algunas veces se queda olvidada sobre mis divanes, y aún en la habitación en que duermo. Á eso llama amor. Yo procuro creerlo y no me quejo.

— Todavía es una suerte, truhán...

— Pero demasiado comprendo que no soy el único.... Y lejos de lamentarme, me congratulo...

— ¡ Ah, conque sabes que no eres el único! — gritó Julieta encolerizada; — ¡ pues, chico, tienes un tupé soberbio !....

— Sí, tengo un tupé bastante bonito, — dijo Hiénard pasándose la mano por los cabellos, — pero también tengo buenos ojos y buenos oídos; y cuando te veo mirar á un hombre, como tú miras á ese meridional jovencuelo que se sienta, desde hace ocho días, en la mesa redonda, y que ahora estará perdiendo sus pocos cuartos en la pieza inmediata, creo que no es únicamente por contarle las pestañas que tiene en los ojos... Lo que digo, hija mía, y no es

por ofenderte. Pero quiero ir más lejos aún. Confieso que tienes buen gusto y que ese muchacho es guapo realmente. La espalda es pequeña y el busto algo enclenque pero la cabeza es soberbia... Y si quisiera servirme de modelo para mi genio de la luz, me haría una grandísima merced... Es, precisamente, el tipo que necesito.

— ¿Quieres que se lo pregunte? gritó Julieta.

— ¿Cómo? — añadió Hiénard riendo; — ¿y entonces tú representarías á la diosa de la noche? ¡ Seguramente que en ese traje no permaneceríais mucho tiempo inmóviles el uno enfrente del otro!

— Á mí, lo que más me gusta de Hiénard, — dijo Laguermie, — es que siempre se conserva sincero á despecho de este siglo de falsedades y de mentira. Por eso puede sustraerse á la comiquería general. Jamás representa un papel. Permanece inmutable y si dice que es amigo vuestro, lo es seguramente. Nunca se tomaría la molestia de engañaros...

— Usted, Laguermie, — interrumpió Julieta — es una gomia. Para un poeta decadente me parece que conserva usted demasiadas ilusiones, y me pregunto si vuestros versos tendrán catorce pies, como aseguran... Yo sé que no cuentan más de doce, como no recuerdo cuáles de Musset, y de Lamartine... Ahora murmuráis de Hiénard, ¿no es eso? rindiéndole pleito homenaje por su afectada sinceridad. ¡Y qué afectación! La más refinada de todas, la del caballero

que aparenta desdeñar el nombre de sus antepasados y procura formarse uno para sí mismo, que rechaza la fortuna de sus padres y abriga la pretensión de ganar su sustento como cualquier pobre diablo. ¿Os parece eso natural á vosotros? Yo sostengo que bajo ello hay escondido un cálculo monstruoso de reclamo, una zaragata colosal para llamar la atención, y que el maestro Hiénard, artista escultor, mestizo y republicano, está enamorado locamente de la popularidad, el ruido y la gloria, tanto como puede estarlo cualquier aristócrata que se llamase el duque de Diernstein.

— ¡Vaya una cogida! — dijo Hiénard riendo. — Veo que hice mal mofándome de tu Apolo del mediodía. Decididamente te gusta más de lo que tú misma imaginas, mi bella Julieta. Nunca te vi poseída de una indignación tan virulenta. ¡Hola! Este escultor palurdo, este canalla de republicano que amasa por sí mismo el yeso sin ayuda de modelador, y que vota con sus camaradas de Montmartre por el candidato socialista... ¡qué escándalo!

Hubo un breve instante de silencio. Después Melania Mascart dijo en tono conciliador:

— Mi querido señor Hiénard, usted hace lo que gusta y está muy bien, y si le place renunciar á las ventajas de su nacimiento y de su fortuna, es libre y nadie puede inmiscuirse en ello. Sin embargo, permitid que una mujer de experiencia le haga notar

que vuestra actitud puede interpretarse como una recriminación á vuestra familia y á vuestra señora madre.

— ¡ Alto ahí, si gustáis! — interrumpió el joven frunciendo el entrecejo. — Consiento que se bromea á costa mía, y eso dentro de ciertos límites, pero no soporto que se hable de mis parientes... La señora duquesa de Diernstein hace lo que tiene por conveniente y eso á nadie le importa más que á ella...

Sacó su reloj y se levantó :

— Es tarde y mañana temprano tengo que trabajar ; buenas noches. ¿ Usted se queda, Vaudrimer ?

— No, por cierto ; me voy con usted.

— Yo, iré un momento al *Asno colgado*, dijo Laguermie. Sólo allí se recitan versos que tengan poesía, ensueños y éxtasis.

— Extasiate, mi viejo, y sueña... yo me largo á dormir. Hay que economizar cuidadosamente la substancia gris... Hasta otro rato, señora Mascart.

La patrona le condujo hasta la puerta con aires de reina y volvió á sentarse junto á Julieta, que continuaba fumando. Aventó con la mano el humo del cigarrillo, y dijo :

— Hiénard es un guapo mozo y haces mal en engañarle... Podía darte una posición...

— ¡ Nunca ! ¡ No le conoces ! Está reñido á muerte con su madre... Buen negocio has hecho ; no hace un instante, cuando le hablaste de ello...

— ¿ Qué media, pues, entre ambos ?

— ¡ Oh, negocios serios !... Hubo un criado que lo contaba... Parece que da madre Diernstein es una gallarda moza que no puede vivir sin hombre. Tiene cincuenta años y aún necesita amor, y diantre, como ya ha perdido su antigua lozanía, compensa con dinero los atractivos físicos que le faltan. Cuando desarrollaste tu teoría relativa á las mujeres que mantienen á sus amantes, ponías el dedo en la llaga. ¡ Ah, esta noche has estado inspirada ! Si hubieras trabajado en un escenario, no hubieses dialogado mejor...

— Pero, el que esté enojado con su madre, ¿ es una razón para que también esté reñido con su futura ?

— ¡ Toma, toma ! Es que todo el dinero procede de Mme de Diernstein, cuyo padre era el barón Grenétat, el banquero de en tiempos de Napoleón III. Parece que algunos de sus millones eran robados. ¡ En fin, qué quieres, el dinero mal adquirido !... Y esto es tan cierto, que muerto el duque de Diernstein, el pequeño rehusó la herencia, se lo cedió todo á su madre y ha dejado el hotel de los Campos-Eliseos y su hermoso jardín, para irse á vivir en Montmartre, calle de los Rosales, en un pabellón de ochocientos francos.

— ¡ Qué escándalo !

— ¡ Y te admiras ! ¡ Si no fuera más que eso ! Hay

que conocer sus relaciones. En su casa no se ven más que bohemios muertos de hambre, gentes de talento, pero sin zapatos, con quienes se hembra : ¡hay que verlo !

— ¿ Por lo que dices, aún le queda algún dinero ?

— La herencia de su padre, poco más de nada. Una docena de miles de francos de renta que él derrocha con una despreocupación de gran señor, más bien en beneficio ajeno que en el suyo propio : no, jamás he visto hombre semejante ; no tiene ninguna necesidad. Come muy poco, no bebe y estoy segura de que no gasta anualmente quinientos maravedises en vestirse. ¡ No querrás creerlo ! Pues siempre está guapo y de tiros largos. He tenido por él un capricho, un verdadero capricho, ¡ y si me hubiese tomado por lo serio ! Pero ya le has oído discurrir hace un momento. Es un bromista sempiterno y no hay medio de enamorarle. Se esfuerza una en cultivar margaritas en una maceta sobre la ventana ; y él se divierte en desflorarlas explicando que soy una bestia. Y, adiós ilusiones, ¿ verdad ? adiós amor.

— Empezaste á decir que tenía amistades extraordinarias, — replicó Mme Mascart, — después cambiaste de tema y no me has explicado eso...

— ¡ Ah, sí ! Imagínate ; yo creí que estaba en relaciones con los anarquistas.

— ¿ Qué me cuentas ? exclamó Melania muy interesada.

— Digo lo que he visto

— Cuenta

— Me refiero á cuando ocurrió el atentado de Henry. Los diarios sólo hablaban de persecuciones, de arrestos, de visitas domiciliarias. Una tarde, á eso de las cuatro, cuando yo estaba en el estudio acabando de poner, entró el criado y le entregó á Hiénard un pedazo de papel. En seguida dijo : Hacedle entrar. Pero su voz temblaba. Se volvió hacia mi : Vete á mi cuarto y vístete, luego saldrás por el comedor. Adiós y hasta mañana. Recogí mis ropas y entré en la habitación inmediata. Pasado un instante oí abrir la puerta del estudio, y la voz de un hombre que hablaba con un marcado acento extranjero : Vengo á preguntaros si podéis esconderme aquí hasta mañana ; en mi domicilio no estoy seguro. *Han* venido á registrarlo todo. No *han* encontrado nada, pero no quiero que me pongan á la sombra. Mañana saldré para Inglaterra. Le dejaré á usted mis papeles... — No, dijo Hiénard vivamente, yo no guardo nada. Os daré asilo y basta. El otro repuso con acento quejumbroso : Hiénard, usted tiene sangre reaccionaria en las venas y no podrá identificarse nunca con nuestras ideas. — ¡ Jamás, repuso Hiénard con arrebató, jamás ! Vuestras hazañas me horrorizan ; ¿ rehabilitáis á la sociedad con las atrocidades cometidas ? — ¡ Bueno, bueno, no discutamos ! repuso el otro. Yo no hago propaganda hablando...

Ocúlteme esta noche, no le pido otra cosa. Mañana le libraré de mí. — Usted bien sabe, Goudonoff..., replicó Hiénard.

— ¡Ah! ¿El individuo en cuestión se llamaba Goudonoff?

— Un ruso. Algún nihilista que había hecho una cocina diabólica para volar á un burgués ó matar un príncipe. — Usted bien sabe, Goudonoff, que yo doy mi vida por salvar la suya. Pero nunca podré aceptar vuestro modo de proceder... lo encuentro monstruoso. En aquel momento Hiénard abrió la puerta de su cuarto, me vió junto á ella y gritó: — ¿Pero todavía no te has ido? ¿Á qué aguardas? ¡Vamos, huye! Entonces entreví al visitante por la rendija de la puerta. Era un hombre de pequeña estatura, rubio, imberbe, con lentes, y los cabellos ahuecados encima de las orejas. Tenía en la mano un gran paquete redondo. Al verme, preguntó: ¿Es que nos ha escuchado esa niña? Si ha sorprendido lo que yo decía, más vale acabar de una vez. Y sonriendo diabólicamente empezó á balancear su paquete, como si fuese á lanzarlo. — ¡Ea, no hagamos estupideces! — gritó Hiénard. Desde mi cuarto no se oye nada, ¿verdad, Julieta? Además, estoy seguro de ella. El extranjero sonrió y dijo: ¡Seguro de una mujer! ¡Oh ligereza, ligereza francesa incorregible! ¡Con los franceses no puede contarse para nada! Y continuaba balanceando el paquete, como si fuese á

arrojarlo... Á fé mía, que tuve miedo, y sin pedir mi jornal ni ponerme el velo de mi sombrero, eché á correr y gané la escalera. Al día siguiente, á las diez, cuando fui á trabajar, le pregunté á Hiénard: ¿Quién era el hombre que estuvo ayer contigo? Sonrió y con un gesto evasivo: ¡Oh, una especie de loco! Padece el delirio de las persecuciones y cree que la policía le sigue constantemente las huellas... Le dejé dormir aquí y hoy por la mañana se fué. — Sabes, me parece que ese Goudonoff es un bandido.

— ¡Ah, recuerdas su nombre! — exclamó Hiénard con inquietud. Olvidalo, hija mía; si pronunciases ese nombre fuera de aquí, podrías acarrearme algún contratiempo. Charló de otras cosas y nunca volvimos á hablar de aquella visita ni del visitante. Pero estoy segura de que aquella noche Hiénard alojó á un anarquista, y de los más peligrosos.

— ¿Hace mucho tiempo de eso? — preguntó Melania con creciente interés.

— Un año, próximamente.

— ¿Y después no has sorprendido nada de otros?

— Nada. Al estudio ha ido mucha gente; desocupados, bohemios, paseantes en corte sin oficio ni beneficio, pero inofensivos. Y, ya sabes, Melania, no digas una palabra de esto que te refiero. Tengo confianza en ti, no hay que darle largas á la sin hueso.

— ¿Y cómo iba á hacerlo? ¿Crees que soy de la policía?

La hermosa Julieta meneó la cabeza y mirando un zafiro que brillaba en su dedo.

— Se ha murmurado que sí, chiquita: ¡Y en tu casa ocurren sucesos tan fuera de lo común!...

— ¿Cuáles son?— preguntó Mme Mascart con aire inocente.

— ¡Diantre, escucha!

En el silencio, el ruido del oro removido se hizo más perceptible, y las palabras de ruina y de muerte cayeron indiferentes y metódicas: Haced juego... El juego está hecho: no va más... cartas... siete... bacarrat...

— Todas las noches hay juego aquí y nunca vienen á molestarte. ¿Quién te protege de ese modo?

— ¡Ah! es porque vienen personajes influyentes; algunos encopetados funcionarios que no se atreven á ir á ciertos círculos en que se abusaría de su presencia comprometiéndoles en servicios y complacencias impertinentes, y que prefieren ir á una casa discreta, como la mía, en la que se encuentran como en su propio hogar...

— Eso, sin hablar de que, por las trazas, tampoco se abstienen de ir al piso de abajo, á tus habitaciones particulares, los días en que das té y dulces, á las cinco, á tus amiguitas comprometidas, que llegan

muy peripuestas y luego se van despeinadas, con el corsé envuelto en un periódico.

Melania se echó á reír:

— ¿Y algunas veces no te alegraste de ser también de la partida? Hay compromisos pecuniarios que se resuelven difícilmente, y ciertas noches sería una capaz de bailar de coronilla por cinco luises.

— ¡Y aún por menos!

La conversación de las dos mujeres fué interrumpida bruscamente por un violento tumulto que estalló en la habitación contigua. Se oyeron ruido de sillas golpeadas, gritos amenazadores, y dominando el eco confuso de las voces sobresalieron estas palabras pronunciadas con acento iracundo:

— ¡Es usted un ladrón, sí, un ladrón! ¡Habéis hecho una trampa!... Y la trepidación causada por una lucha, los candelabros de la mesa que caían al suelo y el estallido de las arandelas que saltaban hechas pedazos. Aquella impresión sólo duró algunos segundos. Mme Mascart y Julieta, sobrecogidas al pronto por la sorpresa, se rehicieron y levantándose del sofá se precipitaron en la sala de juego: he aquí el cuadro que apareció á su vista. La mesa, volcada, yacía con las patas en alto, y agitando una silla por encima de su cabeza, como una arma, estaba un joven rubio, con el semblante descompuesto por la ira, haciendo frente á un grupo de cinco personas que le injuriaban. Á un lado, otro de los circunstantes examinaba

atentamente la escena, pero sin intervenir aún. Había recogido los naipes y los conservaba cuidadosamente en su mano.

— ¡Ladrón, ladrón! — aullaron de nuevo los cinco jugadores agrupados haciendo un movimiento agresivo hacia el joven de la silla. Éste no respondió, pero empezó á mover su arma improvisada con tan extraordinario vigor, que fácilmente se adivinaba que de un solo golpe podía dar cuenta de sus adversarios. Uno de ellos hubo de comprenderlo así, porque sacó un revólver de bolsillo y lo dirigió sobre el agredido. Pero Mme Mascart intervino en seguida.

— ¡Eh, usted! — gritó — deme usted esa pistola. Aquí no se juega con armas de fuego... Y además, me parece que ya hay bastante ruido... La casa es decente y á los vecinos no se les despierta gritando ¡al ladrón! después de media noche... Vamos, ¿qué ha sucedido?

— Mi querida señora Mascart, — dijo adelantándose el que había recogido los naipes — yo le explicaré á usted el caso. Pero antes es preciso que todos se tranquilicen. Joven, deje usted su silla, y ustedes, señores, tengan la amabilidad de levantar la mesa y los candelabros. La alfombra se ha manchado de esperma; pero si se aplica un hierro caliente sobre un papel de seda, mañana todo estará limpio. Bien. El desorden ha pasado y ahora podemos sentarnos y charlar.

— ¡Es imposible que la acusación de estos señores sea formal! — gritó la hermosa Julieta en cuanto pudo hablar; é hizo un guiño alentando al apuesto joven rubio que acababa de sentarse tranquilamente junto á la chimenea.

— Usted, querida muñeca, hágame el favor de callar, — dijo el personaje de los naipes con un repentino arranque autoritario, — y que cada cual preste atención. ¡Si todos empezamos á hablar no nos entenderemos.

— Perfectamente, — apuntó Melania; — yo tengo absoluta confianza en el buen juicio de mi querido señor Rascol....

Los cinco jugadores se sentaron alrededor de la mesa. Melania y Julieta permanecieron de pie, y el hombre de los naipes, á quien acababan de llamar M. Rascol, tomó la palabra:

— He aquí las cartas con las cuales jugábamos hace un momento. He tenido la precaución de recogerlas. Usted sabe, que cuando nos las enviaron había seis juegos completos, ó sea ciento noventa y dos naipes; y por tanto, si la acusación dirigida contra el señor es falsa, debemos encontrar, al contarlas, el número indicado. Si el señor, por el contrario, ha puesto una de más, como aquí se ha dicho, también hallaremos el exceso, y entonces tendremos tiempo de exigirle cuenta estrecha de su conducta; pero antes, es prematuro, ¿no es cierto?

— Naturalmente — dijo Mme Mascart.

Los cinco jugadores callaban. El joven rubio, pálido y descompuesto, apretaba los puños y más parecía dispuesto á un combate que á la comprobación pedida. Era un mozo guapo, según Hiénard había dicho, y muy joven. Un ligero bigote sombreaba su labio y en sus mejillas sonrosadas no había señales de barba. Pero sus ojos de color azul de acero daban una singular expresión de energía al semblante adornado por dos cejas castañas y muy espesas que casi se juntaban encima de la nariz. Sus cabellos, naturalmente rizados, se encrespaban sobre su frente formando una especie de casco leonado. Temblando de cólera, con los dientes apretados y próximo á saltar, recordaba con su aspecto ágil á esos felinos que, cogidos en una trampa, procuran evadirse á toda costa. M. Rascol contaba tranquilamente, bajo la comprobación de los cinco jugadores. Cuando concluyó el paquete, dijo con voz sosegada :

— ¡ Vaya ! aquí están las ciento noventa y dos cartas que debíamos encontrar....

Dió un golpecito sobre el paquete que aún no estaba agotado, y añadió sonriendo :

— ¡ Y aquí hay más !

— ¡ Ah, ya lo veis ! — gritaron los cinco jugadores — ¡ hemos sido robados !....

Rascol hizo un gesto con la mano y rectificó con mayor autoridad :

— No habéis sido robados puesto que vuestro dinero está aquí, sobre la mesa....

— Y lo que ese bribón tiene en su.... — empezó á decir uno de los jugadores.

No pudo concluir. El joven rubio se puso de pie y de un puñetazo arrojó á su contrincante al suelo. Aquella fué la señal de una lucha común, pero corta. Al mismo tiempo los otros cuatro jugadores se precipitaron sobre su adversario que los recibió á pie firme. Hubo un galimatías de brazos, de piernas, de juramentos, de golpes sonoros que azotaban la carne; después la situación se despejó y pudo verse que los cinco hombres no eran capaces de represar las energías del joven irritado. Tres se retorcián entre sus rodillas y los otros dos, cogidos por el cuello, alentaban trabajosamente.

— ¡ Bravo ! — gritó Julieta seducida por la situación ; — ¡ es un macho !

— ¡ Pero les mata ! — dijo angustiada Mme Mascart.

— ¡ Ellos le atacaron ! — repuso la muchacha roja de emoción. — ¡ Está en su derecho ; yo misma le ayudo si le hace falta !

— ¡ Tú estás loca ! Sujetadles, Rascol, sujetadles.

Entonces M. Rascol se acercó al grupo con el mismo aire tranquilo, y cogiendo al vencedor por la cintura le levantó como hubiera podido hacer con un niño, conduciéndole entre sus brazos hercúleos hasta el extremo opuesto de la sala.

— Quédese usted ahí — dijo; — y á tener juicio....

Los otros se levantaron penosamente, gritando á coro :

— ¡ Id á buscar al comisario de policía ! Esto no puede quedar así.

— ¡ El comisario ! — interrumpió Mme Mascart.

— ¡ Eso sí que está bueno !... ¿ Ustedes quieren que me cierren el establecimiento ?

— Y además — añadió el flemático Rascol con un guiño de ojos burlón, — creo, señores, que no ganarían ustedes nada si la policía interviene en estos asuntos íntimos. Yo no sé quiénes son ustedes ni pretendo averiguarlo; pero consideren que la prefectura empezará á instruir un expediente en el que figurarán todos... ¿ Es eso lo que quieren ustedes ? No; lo adivino en sus semblantes. Entonces, vamos por las buenas... Tomen ustedes, he aquí sus puestas... La noche ha concluido... Vuélvanse ustedes á sus domicilios y denme carta blanca para entenderme las con ese joven. Mañana les referiré mis gestiones, y estén seguros de que saldrán gananciosos... ¿ Conformes ?...

— Creo que es lo mejor que pueden ustedes hacer — apoyó Melania.

Los jugadores no contestarõn y se dirigieron hacia la puerta arreglando el desorden de sus trajes y guardando el dinero readquirido. La dueña de la casa los acompañó haciéndoles las últimas recomen-

daciones. Julieta, Rascol y el joven rubio quedaron frente á frente.

— ¡ Hola, Rascol ! — dijo la muchacha con inesperada familiaridad; — supongo que no irá usted á fastidiar á este bizarro mozo por complacer á esos fantoches que han limpiado los suelos de mamá Mascart. Ahora charlemos alegremente, ¿ eh ? Yo creo que debemos tomar un buen cocktail.

Mme Mascart volvía. Rascol, sin contestar á Julieta, cambió una mirada significativa con la patrona y ésta trabó en seguida á la joven por un brazo :

— ¡ Anda, hermosa, ven ! Dejemos hablar á estos señores. Tienen que arreglar ciertos asuntos que no son de nuestra incumbencia.

— ¿ Pero, por qué ? — repuso Julieta resistiéndose.

— Deja obrar al señor Rascol, — insistió Melania; que tiene muy buen criterio. Y añadió bajando la voz :

— Pavita, si quieres hacerte pagar al guapo rubio, luego te será más fácil, en cuanto le arreglen su cuenta. Él no ha de irse, estate segura, ni Rascol se lo va á comer.

Las dos mujeres salieron. El hombre enérgico y frío que hasta entonces había dominado y dirigido la situación, cogió una silla, hizo señas á su interlocutor para que hiciese otro tanto, y lentamente, como si se tratase de un negocio de compra y venta :

— Joven, es innegable que usted ha robado. No creo que sea por el gusto de hacerlo. ¿Qué razones le han movido á ello? Hable usted, le escucho.

Un gesto de amargura contrajo la boca del mozo, que levantó la cabeza y repuso :

— ¿Para qué me interroga usted? ¿Cree usted que voy á revelarle quién soy? Si le digo un nombre, será falso.

— ¡ Bien, enhorabuena! Eso se llama hablar claro. No desea usted responderme, ó no quiere decirme la verdad... Eso hacen todos los acusados delante del juez de instrucción.... Pero nosotros disponemos de medios secretos para identificar la personalidad de los individuos que pretenden conservar el incógnito. ¿ Imagina usted que no sabré quién es si pongo empeño en ello?

— ¿ Entonces, quién es usted? — preguntó el joven levantado con audacia la cabeza.

El otro le miró como queriendo sondearle, y luego repuso con la misma tranquilidad :

— Yo soy un hombre que no pretende hacerle mal ninguno y que se preocupa tanto de los cinco imbéciles que ha pisoteado, como de las nubes de antaño ; y que no le traicionará á menos que no le fuerce usted á ello con su insistencia en no comprenderle.

— ¿ Está usted dispuesto tal vez á remediar mis penas?

— Sí, si es usted sincero.

— ¿ Qué interés le mueve á esto?

— ¡ Vamos allá! — exclamó Rascol golpeándose el muslo con la palma de su mano abierta; ya empieza usted á hablar como un hombre y no como un niño. El interés, esa es la palabra sencilla y grande que explica todos los acontecimientos de este bajo mundo. Sí, yo tengo interés en sacarle á usted del callejón sin salida en que se ha dejado encerrar. Pero no hay para qué decir que puede usted corresponder á mi interés con otro igual. Y no me refiero aquí al interés inmediato que tiene en no verse comprometido en un negocio sucio de juego, en una granujada vulgar. Se trata de algo más importante para usted. Si he sabido leer en vuestro pensamiento, usted ha hecho esta tentativa desesperada impulsado por una necesidad apremiante de dinero. Probablemente es la primera vez que se arriesga á tanto; la sencillez infantil de su procedimiento lo explica claramente. Cuando colocó usted sus naipes, dejó caer al suelo un billete de banco, para disimular el movimiento; yo no le quitaba á usted la vista de encima, y le vi sacar las cartas que estaban en el bolsillo derecho de su pantalón, y preparar la serie de cartas del mismo palo... el *secuestro* del coronel... Lo conocí en la intermitencia de los golpes.... es la más sencilla.... Buena para principiantes. Las hay mucho mejores; la de Bornas, por ejemplo, ó la de Maugredi... Pero no divaguemos. Creo que

usted es hijo de una familia distinguida, y que le hacía falta, en absoluto, una cierta cantidad para mañana.

— Sí, señor, para mañana ; es decir, para hoy á las cuatro...

— ¿Algunos billetes?

— Sí, señor, para un acreedor intratable que ha ido prolongando el plazo de mes en mes, y que ya no admite ninguna prórroga...

— ¿Joyero?

— Sí, joyero.

— ¡Oh, oh! — dijo Rascol sonriendo con algo de desdén, — ¿todo por una mujer? Me inspira usted lástima. Con un físico como el suyo darle dinero á esas mujercuelas... ¡eso fuera bueno si!...

Calló y frunció el entrecejo, mirando á su interlocutor de hito en hito:

— ¿Le habré juzgado mal? ¿Será usted menos fuerte de lo que creí? Si así es, no podemos hacer nada juntos. Quiero interesarme por un gallo audaz y no por un pollito inocentón. ¡Ah, en cuanto á aquel!... respondo que haría su fortuna y que apoyándose en los recursos de todo género que yo le proporcionase, iría alto y lejos.

— ¿Tan poderoso es usted? — preguntó el joven en tono zumbón.

— Tan poderoso como puede serlo, en una sociedad como la nuestra, el que tiene todas las audacias y ningún escrupulo.

— Veo que me da usted el ejemplo de la franqueza.

— Sígame y no tendrá motivos de arrepentimiento.

— Entonces, ¿qué me proponéis?

— Una alianza.

— ¿Contra quién?

— Contra todo el mundo.

— ¿En favor de quién?

— De nosotros solos.

Los dos hombres se miraron. Esta vez se comprendían. Todos los velos estaban desgarrados y Rascol prosiguió diciendo con acento grave: Usted habrá notado cuán extraordinario es el número de los imbéciles, y cuán injusto es que gentes tan poco merecedoras de las múltiples comodidades de la riqueza, disfruten tranquilamente de la vida, sin que ningún contratiempo vaya á turbar su regocijo. Desde hace muchos años considero inadmisibile este arreglo de cosas, y he consagrado toda mi inteligencia, todas mis fuerzas, toda mi actividad, á corregir una tan inconcebible anomalía. Desgraciadamente, si tengo grandes facultades imaginativas, carezco de medios de ejecución. Usted me ve ; soy feo, vulgarote, sin trato social ; he envejecido en una posición obscura, siendo como un hombre de genio que supiera bosquejar en su cerebro todas las partes de una obra maestra y á quien le faltasen las manos para ejecutarla. Cien veces he concebido empresas grandes y admirables que luego no pude acometer. Me faltaba

el agente de acción. He procurado suplir esta insuficiencia personal buscando ayudantes: pero siempre he tropezado con seres incompletos, aventureros que no estaban á la altura de la empresa, y á quienes les faltaba el pie en el instante crítico de llegar á la cima. Un hombre hermoso y de presa, con pico y garras, capaz de subir hasta el sol y de mirarlo cara á cara y sin cejar; he ahí lo que he buscado inútilmente durante muchos años. Á ese buitre de los cielos parisinos, á ese pirata arriscado, yo le hubiese servido de maestro y le hubiera proporcionado los medios de satisfacer cumplidamente todos sus deseos. Ejecutando nuestros planes hubiera disfrutado de todos los placeres, pues su misión se reducía á vivir, rico, brillante, envidiado, amado, siendo objeto de la curiosidad pública y admiración de los papanatas. En poco tiempo, por su elegancia, su aplomo, su orgullo y su bravura, hubiese llegado á ser el Rey de París. Esto se consigue fácilmente en estos tiempos en los cuales las apariencias del individuo lo son todo, y en los que, teniendo dinero y un nombre desconocido, puede uno ser recibido favorablemente en todas partes. Así, poseyendo una casa bien puesta, buenos caballos, buen sastre, mesa espléndida, y no temblando ni ante un golpe de naipes ni ante la punta de una espada, y siendo joven, vigoroso y guapo... ya se puede sobresalir en un mundo en que descuellan los caballeros de industria, y en que

basta no ser un criminal completo para ser reputado como persona decente. ¡ Ah, joven! qué hermosísimo sueño para un corazón fuerte y un espíritu enérgico. ¡ Y yo creí que usted sería capaz de realizarlo!...

El joven permaneció un instante pensativo, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Después lanzó un suspiro y levantó la frente con audacia, dando una patada en el suelo.

— Necesito diez mil francos, en seguida, dijo.

Rascol, sin responder, sacó su cartera, la abrió y cogiendo diez billetes de á mil francos, los depositó sobre la mesa. Luego sacó del paquete de naipes que había recogido y conservaba cuidadosamente, un siete de copas, y se lo dió al joven juntamente con un lápiz, diciendo:

— Hágame un recibo; será el único que le exigiré á usted.

— Dictad.

— He recibido del señor Rascol la cantidad de diez mil francos — escrito y firmado en uno de los naipes de la trampa hecha por mí en el bacarrat, el 24 de abril de 1895.

El joven escribió sobre el reverso blanco y pulido de la carta con firme lentitud, y firmó: Roger Brémont. Rascol, que iba leyendo por encima de su hombro, dijo: Brémont. Es un mal nombre para lo que está usted llamado á ser en el porvenir. Yo me encargaré de proporcionarle otro más sonoro, ador-

nado con un título muy auténtico. Tome usted su dinero. Y si con quinientos lises no tiene usted bastante, puede pedir; la caja sigue abierta.

— Eso ya lo veremos, — dijo indolentemente Roger. ¿ Pero, qué clase de hombre es usted para solicitar mi concurso en tales condiciones?

— Hijo mío — repuso Rascol sonriendo — eso ya lo irá usted viendo y no procure averiguar lo que, por ahora, no puede interesarle. Bástele á usted saber que será empujado por un brazo vigoroso y aconsejado por una cabezota fuerte. Y con esto, vámonos á dormir; es más de la una.

Abrió la puerta de la habitación contigua:

— Angelitos — dijo — ya pueden ustedes entrar, la conferencia ha concluido. El señor me ha explicado perfectamente lo sucedido. Los caballeros con quienes ha venido son unos imbéciles que le acusaron injustamente. Ya se lo diré así en la primera ocasión.

— ¡ Ah, tanto mejor! — exclamó Mme Mascart, — porque quiero que la reputación de mi casa sea siempre intachable, y un incidente de este género hubiera podido difamarme.

En cuanto á Julieta, se había aproximado al joven, estrechándose contra él y mirándole provocativamente.

— ¿ Qué le ha dicho á usted Rascol? — murmuró arrastrándole hacia un rincón; — no se fie usted de él, es un hombre peligroso.

— Adivino lo que está usted diciendo, Julieta, aunque no la oiga, — exclamó el terrible individuo lanzando sobre la modelo una mirada amenazadora. No me denigre usted á los ojos del señor en el momento en que procuro serle útil. Eso sería inducirle á la ingratitud. Y usted, chiquita, aventura mucho en ese juego. Acuérdesse de que poseo todos sus secretillos.

— ¡ Yo no le temo á usted! — gritó la joven encolerizada.

— Y haces mal, — interrumpió Melania. Ya sabes que te ha dominado y que puede dominarte todavía... Y si quieres cenar con el señor, dílo sencillamente.

— ¡ Un momento! — interrumpió Rascol; — hay algo más importante que aplastar los colchones de esta señorita. Si quieres fiesta, hija mía, resígnate que otra vez será.

Miró á Roger Brémont y dijo con acento firme:

— ¿ Usted me acompaña?

— Perfectamente.

— En ese caso, mamá Mascart, buenas noches. Y tú, pollita, á tu gallinero y sin alborotar. Á estas horas ya no hay gallo para ti.

Trabó al gallardo mancebo del brazo y se lo llevó apoyándose en él familiarmente. Libre de su presencia y con la puerta cerrada, Julieta recobró su

aplomo habitual, y exclamó sacando un cigarrillo de su petaquita de plata :

— ¡Sabes, Melania? Yo ignoro á dónde conducirá tu Rascol á este muchacho, pero es más probable que le lleve á Mazas que al Banco de Francia.

II

La vida, para Roger Brémont, había sido fácil y dulce. Su padre, que enviudó á los cuarenta años, se consagró á él y le educó con prolijo esmero. Pero cada cual se labra su propio porvenir y el joven manifestó desde su edad más temprana, un horror invencible hacia los caminos trillados. En todo fué un desequilibrado ; y su padre, que era la razón y el orden personificados, tuvo en él un caso de atavismo que se prestaba á un estudio interesantísimo, buscando en sus ascendientes lejanos los gérmenes de aquella independencia exagerada que no se sometía á regla alguna. Pero el señor Brémont sólo pensaba en desesperarse, y murió á los sesenta años sin comprender las misteriosas complicaciones del carácter de su hijo, y dejándole unos veinte mil francos de renta, una bonita casa en Montpellier y un apellido sin tacha. En los seis meses que siguieron á la muerte de su padre, el heredero vendió la casa solariega, liquidó los bienes inmuebles y provisto de una suma respetable en dinero contante, se fué á París. Tenía veinticuatro años, una salud de hierro, una mediocre